

SOCIALISMO Y CAPITALISMO: HERMANOS SIAMESES

de "La Otra Rusia". Cap. 14. Por Eduard Limonov

Nota de introducción: El libro de Eduard Limonov "La Otra Rusia" fue escrito desde la cárcel como un manual de lecciones para los "nazbol" (nacional-bolcheviques). La primera tirada del libro (suponiendo que habría de ser publicada por la casa editorial "Ámfora") fue secuestrada por el FSB (Servicio Federal de Seguridad) sin explicación ninguna. La editorial se atemorizó ante tal comportamiento de los servicios especiales y se negó a publicar el libro. Otras editoriales se negaron también a publicarlo, siguiendo el consejo del FSB. Solamente la casa editorial "UltraCultura" tuvo el coraje audacia necesarios para publicar este libro odioso para el poder.

En 1988, mientras redactaba el borrador de mi libro "Sanatorio de disciplina", solía manejar varios diccionarios a la vez. Recuerdo con asombro la definición de "Capitalismo" propuesta por el diccionario francés "Petite Robert": "Régimen social en donde los medios de producción, fábricas e instalaciones están sujetos a la propiedad privadas". Tal definición parecía haber salido de la pluma de don Carlos Marx. Pero quizás no debiera haberme sorprendido; es bien conocido que Marx escribió una serie de artículos para la "British Encyclopedy". Mi primera reacción fue la de buscar la misma palabra en otros diccionarios y enciclopedias. En todas partes, las muchas definiciones de "Capitalismo" estaban redactadas según la terminología marxiana. Resulta que el capitalismo tuvo necesidad de mirarse en el espejo del marxismo para verse a sí mismo. No disponía de otro espejo.

Pensando pensando, fue fácil constatar que socialismo (y el marxismo sólo es una forma radical de socialismo) y capitalismo están ambos orientados por la definición de propiedad. Los dos sistemas priorizan las relaciones entre propiedad y capital. Bajo el capitalismo la propiedad y el capital pertenecen, como se ha dicho, a las personas privadas, y bajo el socialismo la propiedad y el capital pertenecen a los trabajadores —a los obreros—, o sea al proletariado. Todo parece simple simple, ¿no?

Siguiendo esa investigación elemental, hemos de aclarar que antes del surgimiento del socialismo radical de Marx, el capitalismo no se llamaba "el capitalismo". En general, el capitalismo no se denominaba de ninguna manera, al no ser todavía un sistema socioeconómico diferenciado. Los primeros "capitalistas" aparecieron en Inglaterra, Holanda, el norte de Italia (en Milán), pero ni se llamaban ni tenían conciencia de capitalistas. Se denominaban a sí mismos "businessmen", "merchants", "comerciantes", "negociantes". Este tipo de sujetos trabajaban en los estados del régimen estatal monárquico. No era infrecuente que los reyes pudiesen disponer de las grandes sumas de dinero (en calidad de deuda) de las que disponían los comerciantes, para financiar una guerra por ejemplo, y no devolver nunca tales sumas. La colaboración entre el mundo "de los negocios" y el mundo del poder comenzó anticipadamente en los estados protestantes: en Inglaterra y en los Estados Unidos de América. El emigrante Carlos Marx, doctor alemán de origen hebreo, vivió la mayor parte de su vida en Londres, en el epicentro del primer capitalismo, donde murió y fue felizmente enterrado en su cementerio. Durante 70 años de poder soviético, los discípulos soviéticos de Marx peregrinaron a su tumba.

En segunda mitad del siglo XVIII, tras la conquista británica de la India, los ingleses accedieron a muchas y grandes riquezas: piedras preciosas, oro; se convirtieron en poseedores de grandes plantaciones del algodón. Ese saqueo de la India hizo posible un próspero y activo negocio en la Gran Bretaña. Más riquezas, más materias primas. Los valores materiales saqueados y las materias primas saqueadas

hicieron posible la Revolución Industrial. Recordemos que las primeras empresas "capitalistas" de Inglaterra fueron las máquinas telares. Los "luddits", los activistas opuestos a la Revolución Industrial, destruían, precisamente no cualquier máquina, sino concretamente las máquinas telares, ya que privaban de su salario a la hasta entonces floreciente industria de los artesanos-tejedores. Al menos así lo relataba el Manual Soviético de Historia. Y lo relataba locuazmente, pues hablaba sobre algo querido y valioso: sobre el capitalismo. El marxismo no tiene nada que hacer sin el capitalismo.

Marx fue sobreactual y superactual. Incluso apresurado. Describió perfectamente en "El Capital" un fenómeno que aun no existía en Inglaterra. Sólo existían sus elementos. Marx fue un romántico "negro". El "Manifiesto Comunista", publicado en 1814, ¿no es acaso una obra romántica? "Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo..." La literatura romántica ama los relatos sobre espíritus, los fantasmas abarrotan las novelas góticas. No pretendo bromear sobre el serio erudito que fue Marx. Quiero decir que Carlos Marx se apresuró al descubrir el capitalismo. Realmente, el capitalismo como fenómeno socioeconómico no apareció sino después de la muerte de Marx. Quizás, incluso, un poco más tarde: después del éxito de la Revolución Rusa que se realizó bajo la bandera del marxismo. Fue entonces cuando todo el mundo tuvo conciencia de la existencia del capitalismo. Sin el éxito convincente de la Revolución Rusa, toda la actividad de Marx, todas sus convenciones, las diversas internacionales no serían sino literatura gótica y aburrida. A partir de la Revolución Rusa se establecieron varias sociedades, diferentes organizaciones y partidos políticos. Los historiadores suelen decir que Rusia no era un país desarrollado capitalista, que su proletariado era poco numeroso en el momento de la revolución. Pero, sin embargo, la primera revolución obrera se realizó en Rusia a pesar de todas las reglas postuladas por Marx, que había previsto el inicio de su Revolución Proletaria Mundial en Inglaterra. Y además se realizó en el país menos simpático a Carlos Marx. Marx aborrecía a Rusia, pudiera ser, porque en los ambientes de los emigrados en Londres solía encontrarse a menudo con cierto señor ruso muy enérgico e irritante: el teórico anarquista Miguel Bakunin. Pudiera ser que de sus colisiones con Bakunin naciera la opinión sarcástica de Marx sobre los rusos: "Una mezcla de la psicología del esclavo eslavo ("sclave-cslave y del conquistador mongol". Los teóricos marxistas ortodoxos se han visto confundidos ante la circunstancia de que la primera revolución socialista no sucediese en un país capitalista. Así surgió la primera explicación según la cual la Revolución Rusa de 1917 fue una revolución burguesa; y si su primero estadio –el de Febrero– fue una revolución burguesa clásica, no fue hasta Octubre cuando radicales accedieron al poder. Sabemos que todas las revoluciones las realizan los marginales. Y por tanto sabemos quién realizó esa revolución. Y también es sabido bajo que bandera realizó. Para nosotros es sumamente importante saber que en 1917 Rusia no era un capitalista. El poder pertenecía exclusivamente al zar, el régimen social se llamaba "monarquía", y los negociantes rusos eran ciertamente muy ricos, pero no detentaban el poder. La mayoría de población estaba constituida por campesinos depauperados. Surge entonces una pregunta: ¿qué países era capitalistas en ese momento? Es decir, ¿dónde gobernaba el capital (financiero o industrial)? Tenemos una primera respuestas: tales países no existían en el globo terráqueo durante los tiempos de Marx. Y tampoco existían durante los tiempos de Lenin. Las fundición de acero de Krupp eran sumamente importantes en la Alemania de Guillermo I y Guillermo II, pero Krupp no gobernaba Alemania. E Inglaterra (donde comenzó la Revolución Industrial) era una monarquía parlamentaria. Allí no gobernaban los capitalistas. Es decir, Marx se adelantó quizás demasiado. Y Lenin pudo demostrar la existencia del capitalismo como el régimen social porque su socialismo marxista venció en la contienda. "Hemos destruido la monarquía y el capitalismo", –dijeron los bolcheviques. Destruyeron la monarquía, pero el capitalismo ruso no existía.

En 1997 (si no me equivoco) en el centro de prensa de la galería Trietiakovskaya (de Trietiakov) tuvo el encuentro con Jorge Soros. Fue un encuentro para reunir a los grandes financieros rusos y de los miembros del "Instituto para la Sociedad Abierta" encabezado por este filántropo norteamericano. Allí fuimos Alexander Dugin y yo mismo, y ambos intervenimos en el foro inscribiéndonos de antemano, e inscribiendo también una copia previa de nuestras intervenciones. Soros fue avisado tardíamente, cuando alguien releyó con más cuidado la lista de interventores: "¿Van a venir dos revolucionarios peligrosos?" –cuentan que dijo. "¡Oh, no! ¡Hay que impedirlo!" Pero era tarde. En ese momento, Dugin y yo mismo ya estábamos cómodamente instalados en nuestras butacas.

¡Oh! ¡Como se animó Soros durante nuestras intervenciones! Se despertó momentáneamente del su sueño indiferente, se estiraba en su silla, arreglaba sus gafas. Sonreía, acercaba su oído. Solamente nosotros dos –únicos oponentes de los 48 interventores– resultamos interesantes para don Jorge. Todos los demás eran empleados del "Fondo Soros" en Rusia, junto a algún intelectual que había recibido ayuda de Soros. A su lado se sentaba Pedro Aven, ex-ministro y director del grupo financiero "Alfa". Durante mi intervención veía claramente como ante mis ojos renacía un muerto. "La Sociedad Abierta" de Soros exige la desaparición de personas como yo. Pero sin enemigo la vida suele ser muy aburrida. Y Soros estaba feliz porque yo estaba vivo y desde la segunda fila le estaba diciendo algunas cosas para él muy desagradables. Con los gruesos cristales de sus gafas, su no muy buen inglés, su nariz redonda, este capitalista-millionario me recordaba a mi primer editor –el hebreo rumano David Dascal. En 1979, en Nueva York, Dascal accedió a publicar mi primera novela en ruso ("Descubridores y conquistadores"). Este tipo de hombres sólo se distinguen por el número de dólares embolsados. Los conquistadores atlantistas de la Europa Oriental aparecieron finales de los años 80, y no necesitaron de ninguna máscara para esconder su rostro.

Pero regresemos a la cuestión del socialismo y el capitalismo. En su último libro, Soros –el financiero y el filántropo y, como dicen, el intrépido especulador que logró devaluar las divisas de Indonesia– aparece casi como un enemigo del capitalismo. Enuncia sus dudas respecto al capitalismo (por desgracia, no puedo citar el libro de Soros. Ayer, el jefe del corredor me denegó una petición sobre una lámpara de sobremesa que un camarada había depositado para mí en el economato de la prisión). En todo caso, Soros se declara enemigo del capitalismo en Rusia. Al mismo tiempo, el filántropo suele derrochar millones dólares para apoyar la actividad de las personalidades rusas dedicadas a la ciencia, para publicar los manuales en ruso que explican a los alumnos cómo puede organizarse el mundo según Soros. Es un hombre una cierta manía de grandeza. Y gracias al dinero todos sus deseos son posibles.

Al final de aquella conferencia de prensa Soros pudo pronunciar su discurso. Fue entonces cuando clavó su mirada fijamente en mí. Pues yo le había dicho, aun más insolentemente que Dugin, que él era nuestro enemigo y que nosotros lucharíamos contra él. Soros me recordaba a Zuganov. En su discurso toda su terminología era socialista, marxista, como en el diccionario Petite Robert. Marcando el compás de su discurso, Pedro Aven sonría alegremente. (al día siguiente "Radio Rusia" comunicó que Soros había concedido una rueda de prensa en Moscú, al tiempo que se indignaba porque en la Academia de Ciencias los científicos debían conservar sus misterios comunicándose exclusivamente con los extranjeros.)

En 1993, durante mi candidatura por el distrito electoral nº 172, en la región de Tver, contestaba por una emisora de radio local a las preguntas de los electores: ¿soy favorable a la propiedad privada o estoy contra? No contestaba onomatopellicamente, con simples "sí" o "no"; respondía que estoy por una forma efectiva de propiedad. Es importante que la planta, la fábrica, sea fuente de beneficio, que los obreros tengan un buen sueldo, que los impuestos sean pagados al Estado. Pues es indiferente saber quién es el poseedor de la planta (una persona, una colectividad obrera o los accionistas). Hoy en día sigo opinando así sobre esos

horribles edificios de hormigón instalados en los extrarradios de las ciudades llamados plantas o fábricas. Durante mi juventud, he partido, cargado, fundido metales y minerales en semejantes edificios, por eso mismo los conozco de sobra. Nadie iría allí voluntariamente, donde o hace mucho calor o demasiado frío, donde hay muchas corrientes de aire que arrastran un malsano olor a química. Por eso mismo no hay que discutir el problema de la propiedad (¿quién tiene las acciones de la empresa, este señor vestido de "Gucchi" o estas decenas de hombres que visten vaqueros?) Hay que hablar del problema de la liberación de la humanidad de una cosa tan repugnante como son las plantas y las fábricas.

En 1988, en "Sanatorio de disciplina", yo había previsto la aparición de los grupos ecológicos radicales que defendieran sus convicciones con las armas en la mano. Aunque semejantes grupos agresivos todavía no hayan sido registrados por el gobierno, ni por los medios de información de masas, estoy seguro de haber predicho el futuro. Estoy seguro también de que la cuestión de la forma de la propiedad de las empresas, de las plantas y las fábricas, de los medios de producción en suma, ya no es revolucionaria (nadie marchará en estos tiempos bajo el lema "¡Las fábricas para los obreros!"), porque tal cuestión es ya un absurdo y un sinsentido.

No hay por qué asombrarse. Las costumbres de la humanidad cambian. Las leyes de Manú castigaban con pena de muerte a quien alterase los mojones fronterizos. Ahora, problemas semejantes se deciden mediante el mutuo intercambio de insultos y palabrotas en la administración rural.

Desde un principio, la colisión entre capitalismo y socialismo fue una ficción inventada por el profesor Marx. Era una mezcla de sus conocimientos de económica y del cubo de su fantasía. En realidad, el conquistador Marx necesitaba una clase revolucionaria (un sujeto revolucionario y un pueblo son la misma cosa). Efectivamente si tú mismo despiertas de tu sueño, si nunca abandonas el desierto, nadie notará tu acto. Pero concienciar a una clase, entregar a un pueblo la Tierra Prometida, es toda una hazaña.

En su aparición, el proletariado era pobre y mal pagado. Pero ese problema fue temporal, como todos los otros problemas semejantes (más sueldo, más horas, el número de jornadas). Tales problemas son decididos en la práctica de las relaciones. Por cierto, la revolución "proletaria" en Rusia fue el factor que más ayudó a elevar el nivel de vida de los obreros occidentales. La Revolución Rusa aplastaba la psíquica de los gobiernos de los países euroamericanos. Para evitar cualquier muestra de extremismo por parte de los obreros, para que no mostrasen ninguna extremidad, se decidió elevar sustancialmente su nivel de vida. De lo contrario, podría llegar la revolución proletaria.

Es muy interesante comparar los lemas de los obreros y de los estudiantes durante el Mayo del 68 parisino. Los obreros se expresaban mediante lemas escuetos, generalmente numéricos: "40" "60" "1000". Un buen estilo que oculta un horizonte estrecho. Reivindicaban la semana labora de 40 horas, la jubilación a los 60 años y un sueldo mínimo de 1000 francos.

Los estudiantes se pronunciaron mediante lemas geniales: "¡Somos realistas, exigimos lo imposible!", "¡Prohibido prohibir", "¡La imaginación al poder!"

Cuando Zúganov y Soros dicen las mismas cosas sobre la propiedad, cuando los poseedores de alguna corporación transnacional son millones de accionistas y puede ser considerada como la propiedad colectiva, la frontera entre el socialismo y el capitalismo se difumina y pierde categoría existencial. Nunca la tuvo. Como no existió el capitalismo, ahora no hay socialismo. Un tipo listo Marx: sólo inventó la terminología. Y sobre la victoria de Lenin bajo la bandera del marxismo podemos decir que fue un marginal genial que reunió los materiales humanos valiosos; Lenin hubiera vencido bajo cualquiera bandera. Y una nueva observación: yo he vivido en Francia año y medio durante el régimen derechista de Giscard D`Estein y durante diez años bajo el socialista Mitterran. Y la única diferencia perceptible entre los dos

regímenes consistió en que bajo Giscard "Le Figaro" solía publicar, en su última página, las fotografías de los poquísimos delincuentes ejecutados (2, en año y medio). En tiempos de los socialistas fue abolida la pena de muerte y las fotografías desaparecieron.

Así se aclara, por las diferentes memorias publicadas, que no fueron pocos los compañeros de Lenin que leyeron el primer tomo "El Capital" empezando por el final. Las reflexiones del profesor Marx no eran para ellos, gentes de acción, necesarias. Necesitaban una bandera bonita, lo más vistosa posible, y unos lemas atractivos. ¿Qué puede ser más de vistoso que una bandera roja?

¿Por qué han degenerado los partidos comunistas y socialistas? Porque operan con las mismas categorías que los liberales; llaman a los mismos fines. Pero si nuestros enemigos ideológicos sermonen sobre la productividad del trabajo, sería cosa de imbéciles sermonear sobre la mayor productividad del trabajo. Además, ellos conocen mucho mejor las temáticas del trabajo mecánico y la productividad (son su mundo). Hay que sermonear sobre otros campos: la fraternidad humana, la liberación del hombre del trabajo mecánico, la estética y el arte, el placer sexual, el derecho de autodefensa.

***Extraído de : la Gaceta de las Verdes Praderas Año I,
segunda época. Nº, 1***

**Texto descargado de:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
Enero 2007**